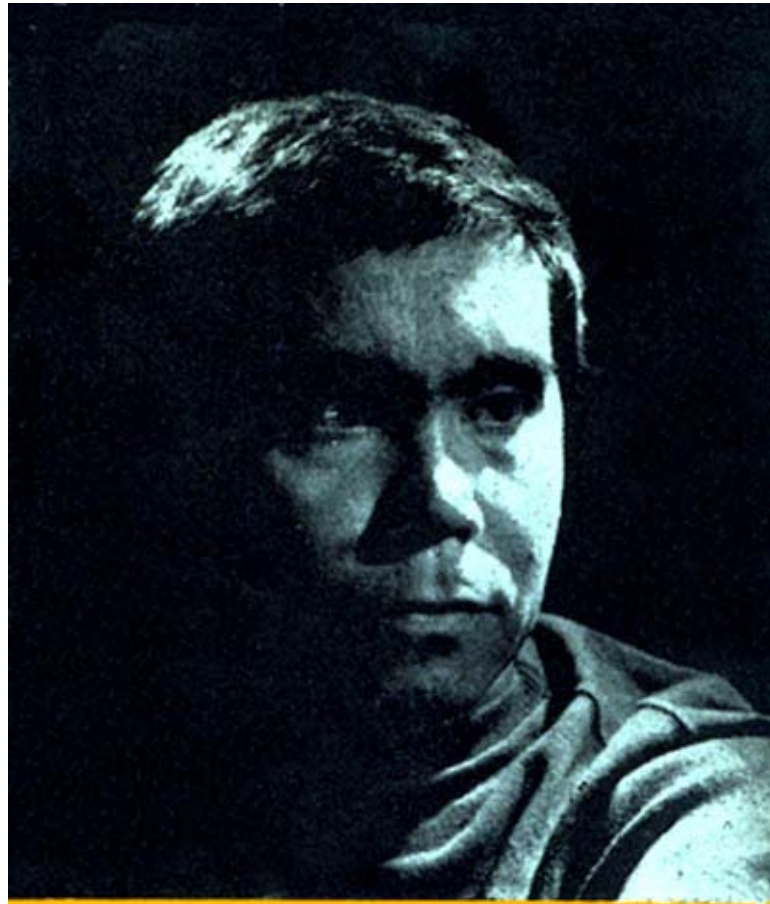


KRAAL – Relatos (1965)



HERNAN CASTELLANO GIRON

K R A A L

Todo hombre, cuando ha ganado la legítima muerte que precede a la madurez, vuelve a su infancia en busca de inspiración y nutrición. Entonces es cuando su sueño está alterado por sueños proféticos y turbadores: el hombre duerme con el fin de estar más despierto. Así comienza a habituarse, inconscientemente sin duda, al estado de aniquilamiento que se consigue mediante la realización. Comienza a vivir con plena conciencia, con el fin de gozar la larga e ininterrumpida muerte final, la muerte que sólo unos pocos han experimentado. La memoria adquiere un carácter nuevo, casi idéntico con la vida de vigilia. La memoria deja de ser un interminable tren de mercancías. La conciencia es la misma para la memoria, el sueño y la vida de vigilia. Todos los movimientos se hacen circulares, y procedentes de una fuente inextinguible.

Henry Miller
"El puente de Brooklyn",
Noches de Amor y de Alegría

Tres pesadillas

(tema y variaciones)



Hernán Castellano Girón
Ilustración para "Tres Pesadillas"
(Kraal, 1965)
pluma y tinta china

LA FERIA MENTAL

Panorama del suburbio industrial ... en su noche de fiesta.

Los faros de mercurio alumbran el camino, repleto de vehículos empantanados en el alquitrán blanducho.

Trenes van y vuelven, enloquecidos, deslizándose, dando tumbos y triturando los vagones desprendidos; carros sin frenos, ni esperanza ni dolor.

La Feria Mundial de Exhibición de Utensilios de la Era Mecánica ha sido inaugurada, con la asistencia del Presidente en ejercicio de la O.N.U, recientemente indultado de Sing-Sing-Sing, liberto incondicionalmente.

La razón: es mucho más peligroso afuera que adentro y por lo tanto mil veces más útil.

. . .

A la Feria hemos llegado. Es preciso llegar de cualquier manera, para afirmar nuestra posición de hombres decentes. Tratar de contar algo de lo que hemos visto. Recordar después de la molienda del cuerpo y del corazón.

Curioso lugar, la entrada al recinto. Una pala mecánica arroja a la gente hacia el interior en apretados racimos, hasta la boletería donde grandes sierras metálicas cortan las masas humanas al azar, para acelerar el proceso de entrada del público.

Toda la población del planeta ha de visitar la Feria en el segundo de tiempo escaso que permanecerá abierta —sideralmente hablando—: alrededor de un mes.

Los cuerpos descuartizados son reunidos por medio de un poderoso electroimán, instalado a veinticinco metros de la puerta. Los polos del instrumento penden del espacio en la forma de barrenos místicos o clavos de olor, cubiertos de material plástico termoluminiscente, produciendo la corriente de inducción capaz de juntar los cuerpos dispersos en las oleadas de las boleterías. A la vez, nos devuelven con el cuerpo limpio.

Hay escarbadientes mentales que vibran en forma de peines copulatorios de ultrasonido y raspan todas las neuronas, haciendo de paso la permanente a sus dendritas. Esa tijera deliciosamente política nos deja como nuevos. Pero todos silenciamos su carácter. De partida, tenemos miedo, a pesar de haber acudido a la Feria en demanda de diversión y regocijo. Más allá de la primera conmoción cerebral, podemos ir visitando los diversos stands, salas de conferencia y proyección, urinarios modelo, estancias de hibernación, teatros de momias viudas, recipientes donde se desintegra con feroces palizas a cientos de seres, de los cuales nunca más sabremos palabra.

. . .

Hay que atar los cabos sueltos, y desatarlos al minuto siguiente. Hay que rodar, transpirando como jetones. Hay que cubririse de polvo y cansancio.

Hay que divertirse.

La muchedumbre heterogénea se pierde en los caprichosos recovecos de los stands. A cada momento llegan rachas de un vaho sexual. Las muchachas mascan chicle y dejan entreabrir los labios, con sed que se ignora a sí misma. Hay viejuelas que mascullan y se apoyan en sus canes domésticos.

Una fuerza irresistible nos empuja hacia uno de los sitios destinados a las conferencias, donde también se apretuja la gente como aceitunas en la bolsa.

El recinto es una especie de galpón construido interiormente en forma de embudo escalonado, como la madriguera trampa de la hormiga león o como un *Grand Canyon* improvisado humanamente en un bidet.

Las aposentaduras se encuentran repletas de gente y nos vemos obligados a acomodarnos en las escalinatas. El público sentado en las más altas graderías nos cubre con toda clase de proyectiles: bolas de papel arrugado, cáscaras de huevo, chuletas roídas, trozos de melón y algún chorro de orina proveniente de la altura, cuya oscuridad oculta al imprudente. Observo que son adultos, pero se comportan como palomillas. Se empujan y palmotean las cabezas. Se oyen ruidos secos como estampidos de rifles de aire comprimido. Creo distinguir entre ellos a antiguos compañeros de estudio, que me quitan la cara. Hay un grupo de jóvenes con una radio portátil que transmite aullidos de una

adolescente, sus quejidos de cópula, un crescendo psicosexual estimulado por las glándulas del F.M.I.

También diviso a Bonzo, el gerente de la compañía *La Tumba Logarítmica*, donde yo trabajo, vistiendo pantalones cortos. Su inmensa barriga cuelga sobre las piernas desnudas. Se le ve absorto en el acto que se desarrolla abajo, que al parecer se trata de una autopsia. Todo el recinto se encuentra en una semipenumbra, y la atmósfera está impregnada de un olor penetrante a carne asada. Descubro con horror que se trata del propio cuerpo tendido en la mesa de autopsias, el que ha sido tostado y despide ese olor.

Junto a la pared del fondo se divisa un pizarrón. Un hombre de delantal blanco está dibujando un gráfico. Bruscamente se inclina hacia adelante gritando *¡El golpe de efecto!* y pincha el trasero del catedrático que está descuartizando el cadáver y saca trozos delgados para servirlos en bandejas de cartón al público. Los antropófagos devoran el asado entre regüeldos de satisfacción. Trato de salir, para buscar una diversión más sana, pero la muchedumbre me lo impide. Un hombre que lleva un niño en los brazos, vestido con una chaqueta a cuadros y gorra del mismo dibujo, me empuja como un chivo que trata de romper el cercado.

Entre los dos logramos abrir una brecha.

. . .

Allí está Daniel. Lo reconozco entre la multitud.

El también me ve. Hace señas con la mano. Observo que su calva ha avanzado bastante desde la frontera que alcanzaba cuando éramos estudiantes. A cada instante se lleva la mano al estómago, como si le acometieran punzadas de una úlcera. Pero se ve muy elegante. Lleva terno oscuro cruzado, camisa blanca de perlón y corbata gris azulada. El polvo de la Feria ha contaminado sus zapatos. Daniel los mira de reojo, pero se olvida de ellos para saludarme.

Yo le digo *vamos a ese puesto de churros a darnos una panzada, como en los tiempos en que hacíamos la cimarra.*

Mejor no nos hubiéramos acercado a ese puesto maldito.

Gran número de españoles había ahí dentro, y al parecer no estaban comiendo churros. Se mostraban preocupados por la máquina detenida. Se oía un fantástico abanico de voces castizas, desplegado en el aire, voces que coreaban en son de pena por la máquina descompuesta.

Al verme entrar lanzaron exclamaciones de alegría, como si me hubieran estado esperando. En un abrir y cerrar de ojos devoraron los churros que permanecían sobre las bandejas y se desplegaron en semicírculo alrededor mío.

Daniel permaneció en la puerta, sonriendo con desgano.

A una señal imperceptible, todos los hombres que atendían el puesto de churros se abalanzaron sobre mí. Fui conducido a la trastienda y obligado a permanecer de hinojos, mientras a mi alrededor se realizaba toda una ceremonia de magia científica. Esos hombres habían celebrado contrato secreto con los demonios, los trasgos, los íncubos y los súcubos que se alojan en los gránulos de tinta de la página financiera de los grandes diarios, como una especial formación de colibacilos adiestrados para el oficio servil.

Llamaban a esas potencias grandes voces, dibujando círculos con compás sobre mi espalda y conectando alambres electrificados a diversos puntos sensibles de mi organismo, especialmente el ombligo, los ganglios del cuello y el asta de Amón.

Los hombres lanzaron un grito de triunfo, al mismo tiempo que yo sentía los síntomas inequívocos de la diarrea. Forcejeé para colocarme en pie y dirigirme al sitio lógico, pero todo fue en vano. Estaba atornillado a la plataforma de la cocina.

Ese lugar se llenó de olor a fritanga. Un larguísimo churro comenzó a emerger de mi trasero, mientras sentía pasar un batallón motorizado lanzado a toda velocidad por mi intestino.

Los metros y metros de churro empezaron a llenar el recinto. Había sobrevenido un desperfecto en el desarrollo de la isoterma mágica, y el proceso tornóse irreversible, como el accionar del molinillo al que debemos que el mar sea salado. La inmensa longitud de los churros terminó por formar un apretado ovillo que ahogó a los dueños del stand. El hecho de haber sido convertido momentáneamente en la máquina productora del alimento me libró de una muerte segura: fui expulsado hacia el exterior por la chimenea. Puedo atestiguar

que los españoles estaban muertos. Los churros se habían enrollado en forma inverosímil alrededor de us cuerpos, que presentaban el aspecto de víctimas de una planta carnívora. Las lianas endurecidas y ya sin aspecto comestible se enroscaban alrededor de sus cuellos.

También había estallado la máquina productora de chocolate vitamínico, y pude ver goterones oscuros solidificados sobre las calvas de los cadáveres.

Rodé por el plano inclinado de la mediagua, que se prolongaba en un tobogán pestífero. El puesto de venta de churros había crecido hasta convertirse en un edificio de diez pisos por lo menos, mitad pagoda y mitad matadero modelo. Caí por la rampa usada para hacer subir las bestias hasta el último piso, aprovechando así al máximo la postrer fuerza mecánica de sus músculos. Esta vez, como en otras ocasiones, yo utilizaba esos delicadas invenciones humanas al revés de su función original. La fuerza de mi caída determinó que yo continuara rodando largo trecho por el plan.

. . .

Daniel corre junto a mí. Cuando logro ponerme de pie, nos encontramos en una larga explanada que bordea un lago. A través del agua se ven los peces de color. Me quedo observando a los peces, pero Daniel se pone a dar potentes manotazos al agua, con su brazo desmesuradamente alargado. Sus manotadas lanzan a los peces fuera del agua y Daniel los coge, agitándolos en el aire. Le digo *no hagas eso, va a venir el guarda y nos va a ...* Pero Daniel manotea dentro del agua cada vez más fuerte y el líquido pulverizado arrastra gran cantidad de peces, algunos de los cuales caen en mi pescuezo. Salgo a escape y dejo a Daniel completamente absorto en su tarea de sacar peces del agua y dispersarlos al viento. Voy hacia un costado, donde se divisa un muro de pinos recortados y una arcada formada por los mismos árboles.

Me encuentro en un prodigioso jardín, desierto y frío como una plantación de témpanos. Inmediatamente recuerdo el jardín que aparece en *Le dernier année a Marienbad*. Lo he visto muchas veces en mis sueños, en espantosas pesadillas donde se alumbra una luz azul detrás del horizonte de edificios de

departamentos, mientras me acompañan Daniel, Charly o Dean Moriarty, uno de ellos, algún amigo, y recorreremos esas soledades lanzando eructos y cantos entrecortados... inmensidad azul... el vino vuelve otra vez a la boca y yo hago notar a Charly la atmósfera de los dormitorios de los matrimonios jóvenes, su materia sexual casi nauseabunda, cosa obvia, obsesionante, sin siquiera el hueco de una sola duda o ansiedad o incertidumbre; entonces vomito en el baño devolviendo la cena que tiene el mismo sabor de esas sábanas; entonces abrazo al amigo y golpeo la guitarra de la muchacha que cantaba “La nochera”, me inclino buscando desesperadamente la salida del sótano, nido de amor; adiós a los amigos que fueron nuestros amigos y que despedimos por una y última vez en el primer encuentro; adiós desgarrador en medio de nuestra risa, en el camino longitudinal sur, con un vaso de vino con frutillas en la mano... para salir al jardín, al asombroso jardín desierto, mezcla de la pesadilla de Resnais y el invernadero de Aldous Huxley...¹

Mis pasos no tienen sonido sobre los caminos de grava. Daniel ya no me acompaña. El muy bribón se ha quedado atrapando peces en el surtidor de agua, lanzando aullidos de fiera y despeinando su cabellera asiria. La única salida visible de ese jardín ciclópeo está constituida por una capilla más negra que el carbón, parecida a la iglesia de Achao después de haber recibido una lluvia de betún.

Como hay que salir de alguna manera, atravieso las sombrías naves del templo. Extraños cuerpos penden del techo: momias reducidas a pergaminos, negros velos, alas de murciélago ensartadas en rosario. Esas formaciones van azotando y pegándose a mi rostro, hasta que alcanzo la puerta.

. . .

A la salida encuentro a Ptahor, parado en medio del camino que se prolonga hasta la ciudad entre las ruinas de los fuertes de la Colonia, por un lado, y los bosques de eucaliptos de un sanatorio, por el otro. Ptahor trae una mirada extraña, turbia y rencorosa. Me sorprende de ver cuánto ha cambiado: saber que

¹ Aldous Huxley, *Limbo*.

ese ser medio convulso es el mismo Ptahor que fue mi compañero en la universidad.

—Tampoco asististe la última vez— me reprocha.

—Mira Cuevas, tú sabes que los sábados por la tarde es casi imposible que...

—Estás hecho un muerto en vida— afirma Ptahor.

—¿Por qué? ¿Porque no asisto regularmente a las sesiones de la Sociedad Disecadora de Jazz Moderno? ¿Desde cuándo los miembros de la Sociedad de... son los únicos seres vivos de este planeta?

—Hay que tener una mística— dice el Sacerdote del Ptah.

—Eres un huevón— le contesto tratando de seguir mi camino.

—Estás muerto... muerto— repite Ptahor, haciendo extrañas manipulaciones en su bolsillo, donde lleva un arma oculta con la cual piensa eliminarme de entre los vivos.

Mientras caminamos, yo delante y él atrás, cada vez más atrás, va calificándome:

—Traidor al jazz ...eso eres. No lo comprendo, porque tú fuiste mi maestro, fuiste tú quien ...

sigo calle abajo, mientras a mis espaldas se escucha el resoplar de Cuevas, cada vez más tenue.

Camino por los suburbios, a través de calles cubiertas de desechos y grandes acumulaciones de baba gris e insectos. Siempre Ptahor me sigue, dirigiéndome sus pequeños cargos: ... *y el disco de la Sociedad, no has ido a buscarlo ... yo te lo avisé ...* (sus piecillos resuenan como los de un escarabajo cargado de electricidad corpuscular) *no sé cuándo vas a encargarte otro discote ... y no fuiste tampoco el otro día, cuando te avisé que vendían un amplificador McIntosh de 7000 watts por canal iuna ganga que te perdiste!* (sus anteojos ahora flotan en una corriente lívida, una especie de miel transistorizada) ... *el disco, ¿cuándo vas a ir a buscarlo?... te presté la revista de HiFi, te aconsejé que la devoraras y ...* (sus zapatos golpean ahora como un cepillo vibrátil, de cerdas acústicas y tiesas).

Sólo el jazz lo sostenía en vida, y su relación con el resto del mundo debía ser también marcadamente sincopada, *cool*, plagada de *crescendo and diminuendo in blue*, y provista de un regular *beat*. Todo eso en la mera piel, naturalmente,

porque su comprensión de la música no iba más allá del soplar, la eyaculación del aire, el punto preciso donde el palillo golpea el *hi-hat*.

Yo, al volverme loco por todo cuanto nos trae la existencia, al revolcarme al unísono en la poesía, la música antigua, la música electrónica, la astronomía, el dibujo, había efectivamente traicionado al pequeño peculio espiritual de Ptahor. Había acumulado una carga que el pobre Ptah era incapaz de soportar.

. . .

Mis pasos son más largos que los de Cuevas. El tranquea apresuradamente, a todo vapor, pero se retarda en cada paso un milímetro, un centímetro, un metro.

Me interno por la ciudad y Ptahor no deja de seguirme. A cada rato, cuando pasamos frente a un negocio de discos, se detiene unos instantes y marca el compás de invisibles temas jazzísticos. Esto lo retrasa bastante.

Toma un atajo, con el objeto evidente de salirme al paso algunas cuerdas más adelante. Me apercibo de su maniobra, y lo dejo hacer. Más allá decidiría mi conducta, en el último segundo. No sabía si abrazarlo y pedirle perdón por mis faltas no cometidas —es una política que a menudo resulta— o si enfrentarle, hacerle una llave de judo y arrebatarle el arma con la cual pensaba darme muerte.

Me detuve a cavilar.

Al acercarme a la esquina donde tenía que aparecer Ptahor, sentí el zumbido de una liebre acercándose. Me subí a ella sobre la marcha.

. . .

Desde la ventana veo a Ptahor en la esquina fatal, burlado, con el gesto más agrio que nunca. Sus anteojos han quedado suspendidos en el aire y se alejan como cuervos en vuelo.

La liebre avanza por barrios indescritibles, esquistos de las más diversas arquitecturas que cuelgan de auroras boreales bordadas en jugo cristalino. Escaparates levantan sus cristales al cielo, mostrando el hacinamiento de mercaderías que podía preverse, dado su tamaño.

Veo pasar distintas comarcas: la Universidad de San Marcos, la calle Lastarria, la calle Villavicencio donde el piano de Omar Nahuel llueve notas de sol en ciertos pasadizos, ciertos patios que los gorriones no atraviesan; oscuros rosarios de conventillos en Talcahuano completamente cubiertos de cenizas de harina de pescado y huevos de ostras; la calle Caminito, el Parque Forestal cubierto de cerezos floridos en pleno julio, mil calles cubiertas de cerezos, una maravilla; la roja luz en la antena de televisión de la Universidad Católica, el astro rojo a cuyos pies tantas veces me detuve tratando de dilucidar el misterio de su parpadeo—yo sabía que allí había una voz, una voz mucho tiempo buscada, una voz mucho tiempo viva en mi dolor, en mis tropismos reñidos con la lógica humana y paralelos a la sabiduría del corazón— vi el campanile de la Universidad de Concepción relumbrando en los nuevos jardines, los nuevos edificios post-sismo, frías dentaduras de estanques en la noche, plaza de la luna de los estudiantes, desierta como un muslo, a las tres de la madrugada: el *Beduíno* Pedro Alcántara algo tomado, yo borracho y estampando mordiscos extraordinariamente sutiles con los pies, estaciones, trazando hitos, cambiándonos mutuamente el destino, la flor mágica que nos entregamos sin saberlo.

Al descender de la liebre, subo a la azotea de uno de esos edificios y reconozco barrios enteros de construcciones familiares, provenientes de las ciudades más distantes del mundo, comprimidos en una estructura caprichosa de parques y manzanas, una composición ideal, algo así como un collage de Picasso realizado con piedras ilustres, árboles ilustres, cielos ilustres.

Entre los prados de esa ciudad resplandeciente distingo la figura de un niño que juega con su gato.

2

KRAAL

Estaba sentado sobre una roca, al pie de la montaña. Pero no estaba solo. Miles de aves me rodeaban. Especies desaparecidas de alcas, pingüinos, didos, moeas enanas, pesados barcos procelares y somormujos que yacían entre las zarzas quemadas por el sol.

Pero no había sol.

No hacía calor ni frío.

El firmamento era una pizarra que fulguraba con brillo aséptico, plano como la hoja de un cuchillo.

Sentado en uno de esos riscos, probablemente en traje de baño, y rodeado de la marea de pájaros y sus frescas deyecciones, que no olían a romanticismo nauseabundo, sino a sanos excrementos de ave...

Desde el cielo descendía continuamente el maná, en la forma de impalpable trigo destinado a los pájaros. Alimentación concedida en honor de su garganta que alababa al Creador. Pero ellos rechazaban ese alimento regalado sin gloria alguna por los cielos, y se habían congregado en la montaña, a morir.

Yo lo sabía. Tal vez me encontraba allí por el mismo motivo, pero no tenía ninguna gana de morir. Como siempre. Sin embargo, un sentimiento extrañamente solidario me unía a esos pájaros: desde remotos años y edades he sabido que un ave mora en mi cuerpo. Algo aparte de mí, una especie de “fantasma del castillo”, que actúa desplegando plumaje multicolor, levantando y sacudiendo alas de hierro cuyas espinas crujen como cuerdas tirantes bajo el vendaval, y también como los músculos del ave del sexo, desplomándose sin cesar sobre los nidos genitales, los untuosos aromas de la piel, olas verdes del semen y esquirlas de dientes clavados en las dulcísimas frutas, en la agonía de los mordiscos y la espiral de los cuerpos, los talones que se clavan en la espalda y

la caverna de suaves luces que se traga nuestro cuerpo, involución y evolución, destrozado hasta los gametos, cielo de los espermios revolcándose en harina.

Los pájaros permanecían inmóviles la mayor parte del tiempo, pero de vez en cuando se agitaban en oleadas, como un mar de sargazos o pólipos angustiados.

Hacia el valle, los espejismos reverberaban en la atmósfera, originando visiones opacas, como de muebles de estilo sumergidos en leche. Detrás de los espejismos se perfilaban levemente las sombrías proyecciones de los cerros, y las de gigantescos esperpentos licuados por el llanto.

En la delgadísima línea que marcaba el confín de los visible podíamos descubrir un amanecer o un crepúsculo —lo mismo da el uno que el otro— formado por un rosario de licor ardiendo.

El canto de esos pájaros —ordinariamente mudos— surgía desde todos los átomos de la tierra. Era un cierto ulular muy ronco al principio, parecido a un contrafagot tocado en el vientre de un búfalo, que se continuaba en el repiquetear de secas descargas, para terminar con la maravillosa secuencia del Continuo, la música electrónica de Karlheinz Stockhausen y Edgar Varése. La música celestial, cósmica, que los pájaros emitían y arrancaban de su propio hígado era la ecuación de sonido tan ansiosamente buscada por los compositores de música serial. Estaba allí. Yo podía oírla. Los sonidos se multiplicaban en cada arista rocosa, se elevaban casi verticalmente y descendían en parábolas, cortinas de luces de feroces cromatismos. La música corroía el aire y la humedad, las nubes y la presión del gas, con la fuerza irresistible del amor, y retornaba al medio natural, el jugo de la vida, a cada uno de los seres presentes en ese anfiteatro rocoso.

Las voces de los sueños se hacían presentes otra vez: antiguas florestas hinchadas de vapor y reptiles entre el lodo verde, insectos de alas retráctiles colgados de los muñones de aún más antiguos cadáveres, vibraban y torcían la atmósfera, estriada por el gas ozono en laminillas de color azul pálido.

Ya no se podía afirmar, como al principio, que esas aves estuvieran reunidas para morir. Al revés, parecían aprestarse ahora para un largo viaje por la vida. Solamente se trataba de un pequeño baño turco. Yo los veía balancearse en rondas, chillando con infinita alegría, y bailar sus danzas del cielo. Aún más: el plumaje de los pájaros había cobrado extraordinario brillo y color. En cosa de

segundos se vestían con los más prodigiosos plumajes. Cada brote, cada nuevo penacho era subrayado por explosiones de sonidos repetidos por sus ecos en armonía.

. . .

Silencio. Un silencio súbito y asfixiante. Un silencio total.

Apenas un chillido se descolgó de las gargantas de los pájaros, allá por las alturas, el rápido risras de una sierra que pierde sus dientes.

Apareció un punto oscuro por el hueco de la quebrada, mil metros más arriba. Un punto en movimiento rápido y tremolante. Vi que los pájaros comenzaban a distenderse en círculos, como en los oleajes que desplegaban al cantar, pero esta vez a mayor velocidad y frecuencia. El punto se acercaba y crecía. Pude ver que se trataba de un gran animal lanzado a galope tendido. Las aves huían a su paso, pero estaban impedidas de volar por alguna razón desconocida, y sus débiles patas sólo les permitían correr sin mucha esperanza.

Pronto pude distinguir al animal. Era un enorme elefante lanudo, un mamut sobreviviente que se nos venía encima, corriendo el Amok y aplastando las aves a su paso.

Sus enormes trancos reventaban a los pájaros y esparcían una lluvia de plumas. Como un tractor limpienieves en plena faena. Las plumas se elevaban de la tierra a las nubes, cubriendo la comarca de una niebla absurda, un quesillo aglomerado entre oscuros quejidos y descargas de artillería. Las plumas dispersas formaban un parasol que se desplazaba a gran altura, precediendo el galope del monstruo. El mamut se acercaba. Se encontraba quinientos metros escasos de mí. Decidí probar también la suerte de la huida.

El terreno se precipitaba en una especie de embudo rocoso continuado por un desfiladero estrecho y bordeado de zarzas. Mientras corría, yo también iba pisoteando a los pájaros, porque el terror me había dominado. Las aves cubrían prácticamente todo el terreno con sus corpachones torpes y blandos. Sentía la impresión de correr sobre almohadones. La misma fuerza de gravedad aceleraba mi huida, pero el mamut acertaba la distancia. Se burlaba de las leyes físicas.

Al volver la cabeza, veía yo sus colmillos y su pelambarrera cubierta de barro y hojas podridas. La zona de pelambre en contacto con el suelo se tornó sanguinolenta, porque el cuerpo del elefante funcionaba como un cepillo de cerdas con respecto a los cuerpos de las aves aplastadas. Veía también sus ojos, grandes como dos pimientos, fijos en mí durante toda su carrera.

Desde ese momento en adelante sólo me preocupé de correr, con el cráneo agachado, embistiendo el aire como un ariete, débil por demás. Corría, corría... y el monstruo siempre más cerca, siempre más cerca.

Lo curioso del caso es que yo conservaba la tranquilidad mental necesaria como para pensar en mi situación. Pensaba, por ejemplo, que el mamut estaba vengando en mí todos los sufrimientos que los hombres infringirían a sus descendientes, y estaba fabricando su propio Kraal, un circo natural, en el cual pensaba encerrarme y despedazarme, bramando de alegría. Un Kraal vuelto al revés, donde el hombre se viera a sí mismo en la desnuda realidad del orgasmo o la defecación, pero esta vez al ser despachurrado mi cuerpo entre las patas del elefante fósil viviente, el vengador por anticipado. También el mamut podría liberar con sus patas mi espíritu de hombre moderno—vale decir, degenerado—y mediante el vaciamiento de mis sesos contra las rocas, obligarlo a reintegrarse a la realidad de los átomos y su perfecta moral.

El camino se volvía cada vez más estrecho. Ahora las paredes no estaban formadas por la roca precámbrica, sino por estructuras de piedra tallada. Me había trasladado a las calles de Tiahuanaco, de Machu-Picchu o de alguna otra ciudad perdida. Pero estas piedras no tenían la incomparable asimetría que muestran las células de esas paredes construidas en la edad pura del hombre americano. (Ellas estaban teñidas con sangre, es cierto, pero las ciudades de hoy ¿acaso no lo están? Lo están, manchadas de hemorragia interna, placenta pútrida y bilis de parásito). Ese tubo de piedra que guiaba mi huida, y que se angostaba a cada paso, estaba formado por bloques cortados con una sierra mecánica, exactamente iguales. Era la ciudad construida por un idiota, prolongada hacia el cielo a mis dos costados.

. . .

Los pájaros alzaron vuelo. Habían reservado ese exclusivo don para la última suerte. Todos los pájaros que atestaban el pasadizo, echaron a volar a una señal de su lenguaje Psi, aún los muertos, la sangre y las plumas. El segmento de cielo que alcanzaba a divisar entre las dos paredes de piedra se cubrió de pájaros en vuelo, rápidos como centellas. La aceleración de su vuelo alcanzó tal magnitud, que simplemente se esfumaron. Habían sobrepasado la velocidad de la luz. Ni una sola pluma en el cielo, ni una gota de sangre.

. . .

La mole del monstruo que me perseguía pereció distenderse o alargarse, siguiendo la sinuosidad del pasillo. Ya no tenía la forma de un animal aislado. Se había dispersado en innumerables fragmentos.

Eran hombres los que ahora me perseguían. Habían devorado ya al monstruo y venían en mi demanda, tanto o más velozmente.

Podía oír su idioma, expresado en roncas ingurgitaciones y palabras absurdas. Vestían pieles de reno o sucios taparrabos de fibras vegetales. Pero entre sus gritos oí palabras como cambio libre, responsabilidad, mercado común, rendimiento, porcentaje, *punch* y *Superman*.

Blandían sus mazas y cachiporras, pero uno de ellos —un gigante que dejaba colgar un hilo de baba— llevaba un flamante ejemplar de una revista deportiva bajo el brazo.

El mamut se había fragmentado en ese rebaño humano, para poder circular libremente por los estrechos callejones del laberinto por donde yo huía, sin saber a ciencia cierta si la muerte me esperaba al entregarme a ellos, o si querían simplemente bautizarme como un hijo más ... Así me sería permitido adquirir un belfo caído y un nutrido ramillete de vocablos técnicos.

Ni por un sólo momento pensé en detenerme, detener ese sueño para salvarme. Sólo esperaba encontrar una muralla, una muralla con un rostro, un dibujo sobre la piedra, algo que dignificara la vista de la muerte, el diseño de algún remoto Antoni Tapiés.

Correr sin detenerme ni capitular.

. . .

El fin del pasadizo. Una escalera de piedra asciende desde el fondo, perdiéndose en lo oscuro. El cielo está azul otra vez. Debo subir por esa escalera, pese a que toda mi vida he odiado tanto subir como bajar por ellas. Subo los peldaños corriendo, de cuatro en cuatro, mientras a mi espalda crece el ulular de la horda. Puedo oír indistintamente interjecciones, amenazas, súplicas, vocablos científicos y arrumacos. La escala avanza entre las nubes que se alternan con espacios difusos de luz azul, ascendiendo sin apoyo, sola entre el éter difunto, dueña de una fantástica y absurda entropía.

Los hombres mantienen ahora la distancia. Mis pasos no desfallecen. Igual como Alsino ascendió con sus alas de hombre del futuro, bestia pura y carnal, yo subo por horas y horas, llevado por mis pies de reptil divinizado.

Me amaba a mí mismo. Por eso seguía adelante. No sé cuánto tiempo más subí. Varias semanas, probablemente. Al final de todos los peldaños —porque también la escalera tenía que tener un fin— se divisaba un altar cuadrado y sobre él, una piedra con aspecto de meteorito. La cogí con mis manos y la alcé, casi sin esfuerzo. Una energía desconocida me ayudaba. Arrojé la piedra al vacío, escalera abajo. Descendió con un silbido por la abrupta e inmensa caída, y golpeó al conglomerado de hombres que todavía me perseguía, pulverizándolos en una millonésima de segundo. En ese lapso de tiempo infinitamente pequeño, alcancé a vislumbrar que la piedra tomaba la forma de un rostro: el rostro del Demonio.

La roca-rostro-demonio quedó cubierta de restos y vísceras machacadas. Su caída de meteorito las fue combustionando lentamente hasta carbono elemental, en alegre silbido.

Sólo esto pude ver desde arriba.

Desde abajo, en cambio, el meteorito brilló entre otras sorprendentes luces de la noche terrestre, confundido entre las Virgínidas, las Leónidas, las Oriónidas y otras tantas lluvias de estrellas fugaces.

. . .

Yo observaba desde la altura todo lo que se alejaba de mí en la luz, y veía como en la maravillosa tierra un joven se tambaleaba junto a su motoneta, en Arturo Bührlé con Vicuña Mackenna, en la ciudad de Santiago del Nuevo Extremo, después de recoger una flor de lavándula, elevaba sus ojos al cielo y alcanzaba a divisar mi meteorito, mi obra divina, y sin pensar en su origen, en la inocencia del amor y del vino entreabría sus labios y formulaba ciertos deseos, no recuerdo exactamente cuáles y tampoco nadie en el mundo es capaz de recordarlo.

3

EL MINOTAURO

*Tú no duermes, sino sólo
Sueñas que estás sediento de sueño, que
alguien yace
Dormido y bajo sus párpados
Dos soles negros queman sus pestañas...*

Boris Pasternak

Mi último fin de semana no fue como los demás. Al viajar, no sospechaba los extraordinarios acontecimientos que me tocaría vivir...

De acuerdo con mi costumbre, acudí al balneario donde todos los fines de semana se congrega la multitud de jubilados, de ángeles en bancarrota, todos los que se ocultan de la familia para poder practicar libremente el corno inglés,

los que se dan vuelta los bolsillos cada vez que escuchan el canto de un pájaro,

los que bailan sobre los tejados las danzas peristálticas del hidrógeno,

los que durante la vida entera trataron infructuosamente de convertirse en yanquis,

los hombres de bien,

los hombres ejemplares ...

Junto a ellos llegué, en medio de la multitud que había acudido a reponer la energía perdida en la telegrafía absurda de los ministerios, a reparar los plexos con nuevas células extraídas frescas de las medusas y los soles de mar.

Alojé en cierto hotelito de la avenida costanera, una construcción serena, semioculta por enredaderas y retamas, con un largo balcón de balaustrada que miraba hacia el paseo.

La dueña del hotel era una criatura sin edad, con marcado acento húngaro, y que parecía una extraña modelo de Gainsborough crecida a pesar de ella misma, en su delantal de broderie y con sus piernas delgadas como tallos de rosa.

. . .

Fuera del descanso, mi intención principal al acudir allí, no había sido otra que pintar algunos cuadros al óleo, en la tranquila soledad de mi cuarto frente al mar.

Se lo hice saber a la patrona, que no mostró inconveniente y me destinó una enorme habitación, demasiado grande tal vez pero nada escasa de luz, que servía perfectamente a mis objetivos.

Sólo me extrañó la gran cantidad de antigüedades y muebles desconocidos que atestaban el recinto. Las paredes habían sido prácticamente cubiertas con reproducciones de cuadros muy malos, pero entre ellos pude distinguir una estampa sobre la gula, de Brueghel, recortada de una revista y colocada en un marco de fotografías roñoso.

También distinguí la fotografía de un matrimonio europeo. La mujer era idéntica a la patrona del hotel, aunque la fecha de la fotografía —1914— indicaba que esto era imposible ... El hombre vestía uniforme militar de corte prusiano, y mostraba ojos sombreados y románticos, al estilo de Rodolfo Valentino.

Mientras la mirada de él parecía reposar en algún objeto lejano, plácidamente, los ojos de ella me seguían por toda la habitación.

. . .

Había oscurecido. Salí a comer un sandwich. Me entretuve observando las luces del puerto, escalonadas y vivas como diente-cillos. Las chispas caían desde los cerros y se detenían en el agua, que las esparcía por toda la superficie.

Repentinamente, algo me golpeó la espalda. Era un pájaro, que había chocado contra mi cuerpo en medio de la oscuridad, cayendo al suelo exánime. Pasé mis dedos por el plumaje aún tibio, y sentí un leve escalofrío, como si el

pájaro fuse portador de algo más que su pequeña muerte. No le di mayor importancia al asunto y regresé al hotel.

Fui directamente a mi lecho. Entre las sábanas encontré una gran hoja amarilla. La puse sobre el velador, apagué la luz y no tardé en dormirme.

. . .

Al despertar encontré mi habitación llena de hojas secas. Otro pájaro muerto yacía junto a la cama. La ventana estaba abierta. El viento entraba a grandes bocanadas desleídas con la niebla. También percibí una fugaz pestilencia en el aire, que desapareció apenas traté de aprehenderla. Atribuí ese olor al descuido de algún pensionista, que habría dejado la puerta del excusado abierta.

Todos esos detalles no alcanzaron a inquietarme. Estaba contento. Iba a trabajar con mis pinceles. Había buscado el alejamiento de mis habituales sitios de desenvolvimiento, para dedicarme por algunas horas a mi entretención favorita. No iba a mortificar mi talante por un par de pájaros muertos, o por alguna hediondez pasajera.

Arrojé el cadáver por la ventana, junto con las hojas secas. Pedí el desayuno y me dispuse a trabajar.

Pero la tela no se curvaba en mi reclamo, no refulgía pidiendo acción a las manos, para ir extendiendo los ocre y las pastas, las texturas precolombinas del desorden. Algo me detenía. La tela blanca parecía a la vez reír y condenarme.

Las manos colgaron exangües después de haber embadurnado sin éxito dos telas completas, buscando su ecuación.

El cuadro no estaba viviendo en mi retina, ni fulguraba en cada yema de los dedos en el impulso del nacimiento, como la ovulación llegada a u punto álgido del treceavo día.

. . .

Decidí bajar a la playa, aunque hacía todavía bastante frío, y la niebla velaba todas las siluetas. El día se veía extrañamente eclipsado. El sol se licuaba detrás

de la membrana de niebla y se había dividido en dos, mostrando nítidamente el fenómeno del parhelio o soles falsos.

Sin embargo, a pesar del frío reinante en la atmósfera, la arena estaba tibia, caliente casi, cuando llegué a tenderme en la playa.

Algunos alcatraces permanecían sobre la arena, en actitud enfermiza. El borde de la espuma lamía las patas de los pájaros, pero ellos no se movían. De cuando en cuando, un ruido sordo...y uno de ellos se desplomaba y moría.

Recordé una escena semejante, cuando en el puerto peruano de Ancón, morían cientos de guanayes y alcatraces en el muelle y en las calles cercanas.

Esa muerte extraña, selectiva, parecía ensañarse en todo ser que tuviera alas.

Sin darme cuenta, me quedé dormido sobre la arena y desperté cuando la tarde estaba muy avanzada. Había dormido el sueño de Rip Van Winkle, porque creía haberlo hecho por sólo unos minutos.

Decidí volver de inmediato al hotel, para darme término a los cuadros. La luz diurna se escapaba con rapidez, y no me agradaba trabajar con luz artificial. Tampoco deseaba perder ese fin de semana durmiendo siestas en la playa.

Esta vez no encontré hojas secas ni pájaros muertos. Pero alguien había dado vuelta uno de los cuadros hacia la pared, y había colocado el otro en posición destacada, como si lo hubiera estado observando atentamente.

Yo estaba a mi vez observando el cuadro, cuando una muchacha entró sorpresivamente al cuarto.

Alta y cerúlea, toda mi atención se volcó en sus ojos inmensos, negros, magníficos. Su boca grande y voluntariosa se plegó al verme en un cierto mohín de disgusto, como tratando de insinuar que yo estaba profanando el cuarto del pintor que había realizado esa obra ... que indudablemente ella ya había observado. Seguramente no imaginaba que el pintor era yo. Salió rápidamente del cuarto.

Creí reconocerla (*moño de seda en la nuca, bata de cristal, niña de espalda reciente, tacón de reciente andar...*²) y la perseguí por largos corredores, aunque no podía explicarme su presencia en ese lugar, esa casa que tampoco permitía averiguar sus límites precisos y parecía estar comunicada con el mundo entero:

² Nicolás Guillén...? *

con los estadios donde se fríe el espanto, con todas las penas, todas las locuras ... y también con un sol terrestre, por lo visto. Cierta ídolo que levantaba el vuelo.

Quise decirle, y le dije a grandes gritos que rebotaban contra las paredes y los muebles que se trasladaban misteriosamente por los pasillos, estorbando mi paso: *te conozco, Magda, ángel de la música, te he visto muchas veces en la ciudad doliente donde vivimos, desde el mismo instante en que empecé a vivir y a conocer a los hombres, sobre todo te he visto en las salas de concierto donde nos reuníamos, semana tras semana, el mismo escurridizo grupo de seres que buscábamos la lluvia y el canto, mientras afuera lavaban la ciudad con esos extraordinarios monstruos peludos, magueras y escobillas giratorias; los transeúntes huían de los chorros de agua y tú cruzabas entre ellos, solemne y oscura, entre la muchedumbre de seres petrificados por su menester idiota, conservando en ti sola la responsabilidad de la humanidad entera, del orden viejo y del nuevo, en el fuego negro que brota y se estanca en tus ojos. No importa que ahora te oculten estos muebles transformados por invisibles changadores, no importa porque te he reconocido: eres la misma que se sentó en la escalinata del gimnasio Maccabi donde Ludwig Jochum dirigió la Novena Sinfonía de Beethoven, mientras yo subía la vista y encontraba esos mismos ojos fulgurando en tu rostro, el que ha resucitado entre nosotros las canciones de los juglares y las esencias barrocas, es el mismo, estoy seguro ...*

Pero ella había desaparecido. La mudanza de muebles continuaba. Salían de una pieza los hombres, con sus chaquetas de cuero negro y sus gruesos cordeles, y se internaban en otro pasadizo, otro, otro ...

Un largo eco fue caminando junto a mis pasos, hasta despedazarlos en la distancia bronca. Se dejó oír el gemido de una puerta lejanísima, quizás el lamento del último pájaro que caía y golpeaba la plataforma de la muerte.

En realidad se habían cerrado mil puertas y los muebles abigarrados que poblaban ese espacio, se habían aplastado hacia el rincón donde había sonado el último eco de esos pasos.

. . .

Retorné a mi cuarto, esperando que el tráfago de pensamientos que atravesaba mi cerebro cristalizara en una nueva idea pictórica. La nueva tela estaba lista en su caballete.

Pero mucha gente extraña se había reunido en mi cuarto, que yo imaginaba privado y exclusivo. La patrona del hotel estaba allí, acompañada de una docena de mujeres que parloteaban y armaban el escándalo de una bandada de monos aulladores. Estaban tomando el té.

Me dio mucha ira semejante intromisión. Había tratado expresamente con la patrona las condiciones de soledad y concentración de mi trabajo exigía.

Esas mujeres habían hecho caso omiso de mi derecho, con el consentimiento de la patrona. Ella se encontraba ahí, disfrutando junto a las demás.

Pero la patrona se había empequeñecido. Tenía el tamaño de una muñeca y caminaba a saltos entre las teteras y las tazas, rebalando sobre las migas, que representaban grandes guijarros para sus pies diminutos. Rompió a cantar, mientras las otras mujeres se balanceaban al compás de la música. La patrona empequeñecía a ojos vistas, pero seguía cantando en voz muy alta, cada vez más aguda. Las otras mujeres se bamboleaban y saltaban, cogidas del brazo, en un ritmo ligeramente sincopado que recordaba al tema de *La mesa verde*, bailado por un ballet de hipopótamos. La ventana estaba abierta de par en par, y el aire marino entraba por ella e hinchaba los tabiques nasales de las mujeres. Al expeler el aire, emitían un sonido semejante al de los molinillos de oración del Tibet. Los moños retorcidos que coronaban sus cabezas se agitaban como un rosario de uvas en descomposición, emitiendo mechones y coágulos que estallaban, esparciendo olor a incienso, esencia de *wintergreen* ... y cacodilatos.

Una de las mujeres llevaba un pequeño sombrero de paja azul, sujeto mediante un alfiler de cabeza redonda que se desprendió a causa de los bruscos vaivenes de la danza. El alfiler se clavó sobre la patrona, y la alcanzó en el preciso instante en que desaparecía de nuestra vista para siempre.

El grupo de mujeres exhaló una carcajada nerviosa y creciente, que fue tomando cuerpo a medida que la risa iba mordiendo fibras cada vez más profundas, en sus emisoras transpiradas a más no poder. Las mujeres levantaron los brazos para secar las axilas al viento. Cada una de ellas lucía espesas selvas en los sobacos. Se esmeraron en secar el rocío que adornaba cada

pelo, hasta que el sudor volvió definitivamente al aire. Los pelos quedaron cubiertos de espuma cristalina, como si hubiera nevado sobre ellos.

Acto seguido, las mujeres se abalanzaron con avidez sobre las vituallas restantes. En cosa de segundos todo fue devorado, lamido, chupado hasta el último jugo, la última pepa. Pero entonces, una de las mujeres gritó *¡todavía quedan algunos pastelitos!* y señaló mi caja de óleos.

Quise detenerla, pero me la arrebató con una fuerza muy superior a la de una mujer corriente. Abrieron la caja y su contenido fue volcado sobre la mesa. En un santiamén cada una de las mujeres cogió un tubo y se puso a devorarlo, con exagerados gestos de satisfacción. Los labios recogidos comenzaron a mostrar dientes verdes, rojos, amarillos, anaranjados, ocre y todos los demás tonos, ternarios, cuaternarios, hasta las más inverosímiles combinaciones. Ellas se convidaban la merienda pictórica, para que nadie se quedara sin probar todos los tonos de mi paleta. Las bocas sonreían con muecas de carnaval. El sarro dental se mezclaba con el azul de Prusia, el bermellón y el amarillo de cromo, formando islas, estuarios, istmos de aberraciones cromáticas que repetían todos los colores hasta la profundidad de las vísceras, donde finalmente prevalecía un solo color, un tono dramático, oscuro y melifluo, la esencia misma del escarnio, el nervio de la mofa.

Salí del cuarto dando un portazo. Inútil rebeldía de palo. Me latían las sienas. Me detuve, mirando sin ver en dirección al mar. me sentía absolutamente defraudado de mí mismo, por no haber luchado con esos seres, impidiendo que se comieran mis óleos.

Se repetía la situación que ha venido ocurriendo casi desde el instante en que abrí los ojos. Siempre otros seres, siempre otras gentes, sin mayor mérito que sus apetitos, se han impuesto sobre mí, sobre nosotros, bastando a veces una palabra para detenerlos, una palabra sola. Pero hemos callado.

Caminé por la costanera. La ira se fue disolviendo en agua insípida. Los músculos faciales regresaron lentamente a su sitio. Me iba serenando a medida que mi rostro se helaba. Corría viento. Los sistemas autorreguladores del organismo funcionaban, en desmedro de toda consideración metafísica.

Había oscurecido. El día había transcurrido todo, acelerado por los pies de esas mujeres y su baile. Pero, en realidad, se había acelerado y se había quemado en mí.

Me extrañó el vacío que reinaba por las calles. A esa hora las respetables familias salían a pasear por la Avenida Costanera, admirando todas y cada una los colores de la puesta de sol —que cada día luce tonos diferentes— con las mismas palabras y los mismos gestos.

Recordé una escena de mi infancia. Por primera vez había sido llevado al consultorio de un médico. Las calles entonces se mostraban extrañamente oscuras y solitarias. Sólo los focos del alumbrado público brillaban a bajo voltaje, en cierta impresión más que de iluminación o ayuda, de parpadeo que lentamente se extingue.

Sentí miedo. Quise regresar al hotel. Sin darme cuenta, me encontré corriendo. El pavimento se notaba húmedo y viscoso, y frenaba la aceleración de mis zancadas.

El hotel estaba oscuro y abandonado.

Todos los huéspedes, incluidas las mujeres, parecían haber dejado precipitadamente el lugar. Incluso, alguien había dejado una maleta olvidada junto al escalín de la puerta.

Fue en ese momento cuando sentí el olorcillo.

Llevado por una brazada de viento más fuerte y más arrastrada que las demás, llegó el primer aviso. Un ligero olor dulzaíno que se transformaba en las pituitarias, hasta dejar sólo el perfume de la muerte, el picante olor de la carne putrefacta.

Naturalmente quise informarme de su precedencia. Busqué por el jardín pensando que iba a toparme con algún perro o gato muerto, pero nada hallé, ni siquiera pájaros.

Regresé a la calle. Caminé, buscando algún ser humano. En una calle perdida, bordeada por murallas de cal que cercaban negros parques, creí sentir los pasos de un mendigo que atravesaba la calzada, trancos metálicos descargados sobre el suelo con desesperante lentitud, pero llenos asimismo de certeza.

El pavimento estaba cruzado por los rieles de una antigua línea de tranvías. Me puse a hurgar con mis zapatos en el hueco de los rieles, recordando otros tranvías que me transportaban cuando niño. En caso todos los lugares encuentro estos residuos, y pienso entonces que no todo el pasado está perdido y muerto, sin que aguarda la unificación final, la cristalización de un momento exacto, para volver a nosotros.

Correr yo a abrazarlo, a abrazarme, y recobrar la pureza.

Los pasos no provenían de un mendigo. Un caballo blanco surgió por la callejuela, caminando muy despacio, con la cabeza colgando. Era un caballo miope que necesitaba mirar desde muy cerca su camino. Cruzó a trancos leves la calle de los tranvías. El sonido de sus herraduras no parecía provenir de ellas mismas, sino de una forja lejana. El caballo prosiguió su marcha por otra calleja, muy difusa entre las sombras, y lo perdí de vista.

La oscuridad era cada vez más densa. Extraño meteoro. El viento iba y venía, sin constantes barométricas, y sus vaivenes arrastraban ese olor dulzaíno, a cadáver y excrementos frescos.

Desde ese momento caminé muchas cuadras casi a tuestas. Reconocía apenas que transitaba por calls pulcras y cuidadas, rodeadas de lujosas viviendas, con sus parque donde se divisaban las formas difusas de las estatuas: faunos, Panes y algún roñoso héroe. Llegué a la plaza principal del balneario. También se encontraba desierta, pero pude observar, en la esquina diagonalmente opuesta al lugar donde yo me encontraba, algo vistoso y agitado por el viento. Era un puesto de diarios y revistas. El suplementero se encontraba dentro. El viento portador de la peste sacudía los periódicos de la tarde. Dije a ese hombre:

—¿Usted cree que...?

—Hay que confiar en el gobierno, digo yo...

—¿Salieron los diarios, a pesar de todo?

—Sí...los diarios tienen que salir de todos modos.

—¿Aunque nadie los lea?

—Siempre hay alguien ... además, hay que confiar en el gobierno, digo yo...

Compré un diario de la tarde. No decía nada acerca de ese oscurecimiento súbito de la tierra, ni de la atroz pestilencia que saturaba el aire. Al contrario, en las verdes letras de sus títulos se leían optimistas proclamas: el país se iba para

arriba y cada ciudadano era una persona feliz, saludable, bien nutrida. La producción estaba en franco aumento, a la par que el costo de la vida bajaba con celeridad cada día. La educación y el arte alcanzaban los últimos rincones y las últimas almas. En fin, este país era el paraíso terrenal.

Mientras leía estas últimas líneas llegó hasta mis narices una vaharada especialmente repugnante. Al llegar a la página bursátil —donde se anunciaba una marcada alza en los valores, los pepinillos y la sangre enlatada— comprendí que ese diario no me serviría para nada.

Lo arrojé al suelo. El viento fétido lo arrastró y se fue dando aletazos por el suelo. Me dirigí a la plaza. El viento arreciaba por minutos y me botó el jockey. Como la oscuridad era casi absoluta, me puse a buscarlo a gatas. Iba a tanteando a ciegas el suelo de la plaza, cubierto de caracoles antiguos medio pulverizados. Pudo reconocer, entre ellos, algunas formas queridas cuando niño.

Era difícil avanzar. Sólo se veían claramente los objetos situados a menos de dos metros de distancia. No se divisaban estrellas, ni tampoco la niebla que posiblemente las ocultaba. Sólo oscuridad sin destellos ni sueños flotantes, sin manos, sin leves sonrisas.

En el centro de la plaza había un quiosco, el clásico *quiosco de la música*, construcciones ambiguas y sin rostro que se mezclan en nuestro recuerdo, sin que podamos precisar a cual pueblo pertenecen. Sólo sabemos que están allí, en medio de una plaza donde tal vez cantan los pájaros y un niño se asombra y grita, sus ojos abiertos como dos grandes uvas de agua; frente al desfile del ejército, posiblemente en Tacna, fotografías y abrazos, sol golpeando el tambor sobre la frente, la marea del espejismo, de la sal y el cansanco azul, un chispazo de las nieves frente a Arequipa, la dulzura de todos los lugares pequeños, los pueblos perdidos pero ocultos en nuestra mano.

. . .

Allí hay un escaño. Y una forma humana inmóvil, tendida en lo oscuro.

Poco a poco me fui acercando y distinguiendo sus rasgos. Como un cristal que lentamente cobra forma y volumen dentro del líquido, los ojos, las orejas y la nariz surgían de la oscuridad, hurtándole cuerpo y carne. Lo reconocí. Ese

hombre era un amigo. Es más, se trataba de Charly, amigo desde la infancia, amigo de la vida entera.

Yacía en el banquillo, las piernas estiradas, hundidas las manos hasta los codos en los bolsillos de sus raídos pantalones de corduroy, despeinado y barbón.

Me reconoció entre las tinieblas.

Me senté a su lado. El banquillo crujió como en los mejores tiempos, cuando estudiábamos y la gravedad de nuestros conocimientos nos hinchaba el cuerpo.

—¿Sientes el olorcito?— le dije.

Movió afirmativamente la cabeza.

—¿Y... de dónde diablos...?—le pregunté.

—El olor proviene de los hombres. Proviene de nosotros mismos. Huele tu propia carne para que te convenzas.

Acerqué mi nariz al dorso de una mano y la retiré inmediatamente, asqueado. Desde cada fibra muscular, desde cada poro se desprendía ese vaho nauseabundo, un flujo constante a sulfuro de carbono y coles podridas, compuesto en partes iguales por muerte y vida. Pero ese olor llevaba en sí algo que obtenía su perdón, aun a nuestro pesar. Había una cierta dulzura en él, apretada como un muslo, como si también fuera posible abrigarnos con el calor desprendido de la putrefacción de nuestra propia alma.

—Tal vez —dijo Charly— hemos vivido así desde hace mucho tiempo, tanto que la descomposición no afectaba nuestra convivencia, ya que ella misma está regida por conceptos podridos hasta la médula.

—¿Y tú crees que esta oscuridad...?

—Sí...debe ser que algunos de pronto despertamos...

Moví mis pies como los brazos de un compás, trazando arcos de círculo con los tacos de mis zapatos. Los caracoles que formaban el piso de la plaza crujían bajo la presión de mis pies. Sonaban minúsculas explosiones sobre el suelo. Cada una de ellas era una vida que había terminado hace veinte siglos y que en ese instante volvía a morir. Pero Charly añadió:

—Por lo tanto, yo digo que la solución consiste en volver a dormir, en volver a soñar. Si lo hacemos, desaparecerá lo oscuro, arderá el sol y todo será como antes.

—Pero yo no quiero que todo sea como antes. Tenemos que despertar todos al mismo tiempo. Hemos despertado sólo algunos, mientras todo el resto vive el sueño de su propia muerte. Al fin y al cabo, no importa como se muere. Lo que importa es como se vive. La muerte es incolora, inodora e insípida. La vida tiene el rostro de nuestro deseo. tiene orejas, nariz y boca. Estamos vivos y por ello vemos la oscuridad y sentimos todo este horror como hijo de nuestra propia carne.

—Nos queda un recurso: actuar como si estuviéramos leyendo un libro abierto, un gran libro abierto.

—¿Tienes ese libro?

—Está sobre mis rodillas...

—Es preciso encender la luz—dije.

Dirigí mi vista hacia lo alto. Una flor lechosa, una inmensa dalia de fosforescencias empezó a distinguirse en el espacio. Estrías de luz netamente visibles en las cercanías del punto radiante cogían la sustancia luminosa e iban girando en su torno, creciendo, desplegándose. Pronto la chata bóveda del cielo cobró su altura habitual. Los ojos eternos volvieron a abrirse como en el primer día de la tierra. Sobre nuestras cabezas resplandeció el Erídano y sobre el horizonte, junto al contorno de las colinas, apareció la Cruz del Sur, marcando la hora de la muerte de la angustia. Comprendí que era el sol ese punto radiante que volvía a consolidarse después de su muerte, girando al revés y captando cada una de sus partículas dispersas en la explosión termonuclear acelerada por nuestro sueño irresponsable, y vuelta a retroceder a sus orígenes por nuestro despertar. Las tinieblas terminaban y empezaban en nosotros. La luz se derramó por toda la tierra. La vida del hombre comenzó a bullir otra vez por las callejuelas y los caminos de acceso al mar. Todavía una bruma ligera ondulaba entre los mástiles de las embarcaciones y en las alas de los pajarracos del agua. En la bahía nadaba un cardumen y los pájaros se estaban dando una panzada.

Se veía a las gentes, viejos rojos como jaivas cocidas, madres con sus cochecitos de toldo, jóvenes en shorts, niños con sus vistosos flotadores de plástico, bullendo como miscelas que de pronto hubieran decidido danzar por la alegría.

El sol nos iluminaba. Charly continuaba sentado en el banco, con un enorme libro sobre las rodillas. Reía, rascándose el pecho.

—¡Vuelve, vuelve las páginas hasta el mismo final!—le pedí.

Charly volvió páginas y páginas. El sol corrió hasta el ocaso, vino la oscuridad y luego el día, con cada página que él volcaba a la izquierda. Volvimos lentamente las páginas. Todo estaba escrito ahí: años de las gorras colegiales perdidas en las acquias, aeromodelos y Charles Chaplin, siempre juntos el negro con el rubio, el gordo y el flaco, discos de Al Jolson y Fats Waller, hasta llegar a la misma mufla, los tubos de ensayo y las pociones de la escuela de Química y Farmacia, las carpas multicolores del verano, la máscara de Momo, y una botella de vino, la última heredad, la *heredad vacía*.

—Última página...primer tomo—dijo Charly—El resto, tenemos aún que escribirlo.

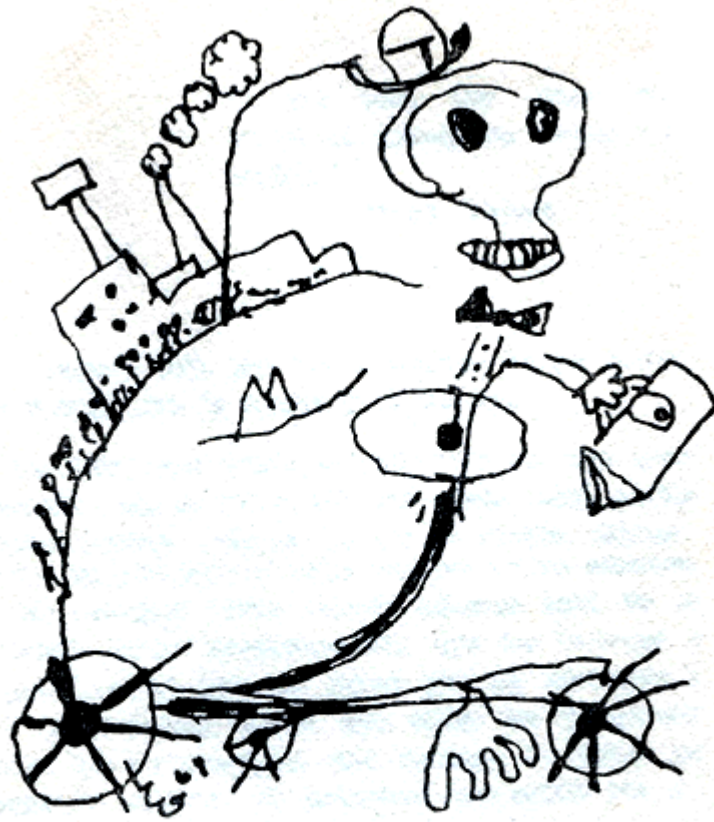
En esa página aparecía una sola palabra, enigmática: MINOTAURO.

La palabra se borró. Sólo apareció una letra M ocupando toda la página, enorme letra de caprichosa caligrafía y relieves dorados y barrocos. Charly dijo:

—Cada uno le da el significado que desee. Es lo bueno de vivir...

La Cuba de Miel

(Sarabande)



Hernán Castellano Girón
Ilustración para "La cuba de miel"
(Kraal, 1965)
pluma y tinta china

*...out into the mesmerized world of inanimate
voices like traffic...*

Frank O'Hara
Ode to Wilhelm De Kooning

Amanece. Una paz fría desciende de los cerros, se mezcla con la niebla y la unifica.

La vida aquí abajo se convierte en una gran gelatina. Es el momento del cuajo. Allá arriba existe pureza, todavía. El sol es limpio, diáfano como un pez bajo el agua tropical de los abismos.

No sabemos desde cuando estamos aquí, en la ciudad. Antes, probablemente, que las tortugas y las lagartijas de páramo. Antes que las hormigas y el archeopterix. Antes que todos los monstruos hubo ya un microbús, una mañana de junio, un vehículo atestado de pasajeros que enfiló por calle Irarrázaval, como un bamboleante nudo de salchichas en putrefacción.

No había transcurrido un minto desde que yo tragara mi desayuno ardiendo—158 grados Fahrenheit—con velocidad cercana a la de la luz ... artificial.

La prisa es condición imprescindible. Mi estado de homo domesticus me impide disponer de los minutos de mi vida. Menos, disponer de ella por entero. Un solo minuto de tardanza y estoy perdido. Como es un asunto trascendente, he corrido, resbalando en las pozas de agua que ha exhudado la noche.

Observo la cordillera. Hay nieve y soledad. Paz. Allá arriba, donde las fuerzas ascienden.

Aquí abajo, los motores gruñen. También los hombres han aprendido a gruñirse e la perfección. Debemos correr. Las vacantes son escasas. Si no corremos, llegaremos tarde. ¿Dónde? No lo sabemos. ¿Qué importancia tiene? El deber no es cosa que se haya inventado para discutirlo. Nadie puede pensar ni detenerse sobre él. Está escrito en las toallas. Debe ser cumplido y nada más. Sobre toda la faz de la tierra. Toda desviación será suprimida en el futuro. Los

gobernantes dispondrán de nuestro cerebro viejo, y con éste, la clave de la obediencia.

Habrá una ciudad sola, sin pájaros que píen en la rama, y una interminable extensión de lodazal donde los hombres desplegarán una sábana formada por su linfa entretejida con cuerdas de caucho y polietileno, trabajando por doquier, produciendo por doquier muchas cosas, mejores artefactos, crecientes bolas cada vez más refulgentes, zarzas de oropel que cantarán en sus ventosas las canciones del Elvis Presley con la voz de Billy Graham.

La marea de vehículos se desliza por surcos bien definidos, caracoleantes, crujientes. Un millón de hombres es transportado en un abrir y cerrar de ojos.

Pero en nuestro cuerpo, el tiempo que demoramos en adaptar nuestro conciencia libre del sueño a la otra, la segunda naturaleza ³, puede durar varios siglos. El lapso que va de una eternidad a la siguiente cruza detrás del primer parpadeo del día.

Vemos en ese instante de lucidez como la pestilente civilización de la técnica se hunde y el cráneo del businessman va a dormir junto a los viejos australopitecos y pitecántropos. ¿Qué viene después? Tal vez la luz ... la verdadera luz. Porque la luz matinal sólo nos hiere y nos devuelve al presente.

. . .

La mañana comienza generalmente con un empujón. Rodamos del lecho al suelo. Pero el frío rechaza nuestras plantas desnudas y la piel rechaza a la tabla. Un segundo de inmovilidad y luego ¡adelante! ¡Ha comenzado nuestro día de hombres!

Con todo, por muy dispuestos que se encuentren nuestros músculos —y de hecho no lo están— para recomenzar el martirio, el corazón lo está menos y bombea sangre al cerebro, buscando despertar su pensamiento humano, en varios intentos infructuosos.

Es curioso: nuestro corazón ha reemplazado al cerebro en la función de pensar.

³ Benjamín Subercaseaux.

La batalla dura poco. Apenas el transcurso entre el dormitorio y el baño. Diez pasos. Hay que orinar, por supuesto. Dejar que fluya el extraño caldo de la noche. Gotas verdes que transportan agujas del tamaño de un pie. Botar los malos sueños. Aquellos en los cuales, por ejemplo, una mujer desciende el segundo piso del supermercado llevando un niño en los brazos. Pero sus pechos relumbran y percibimos su olor silvestre de mujer. Súbitamente se desploma, y el niño escapa al cielo en la forma de un pájaro. Una perfecta visión egipciaca, excetuando el clic de los broches de su portaliagas que descubren sus piernas de carne morena y lisa. Nos disponemos a poseerla ahí mismo, entre la heterogénea muchedumbre que corre sin cesar en busca de pociones salvadoras, chucherías, cintas de extrañas formas y colores, y pasan cargados como burros con sus paquetes. Pero en el momento crucial de la penetración, en el cual cada hombre grita la alegría de su nuevo nacimiento, un súbito estallido en el pubis nos despierta. Profilaxis por anticipo: otra ventaja de nuestra civilización cristiana.

Arrojar los sueños de nosotros. Ellos son el último reducto donde el hombre vive libre. También el tuyo, Pedro, aquel sueño donde te levantabas en medio del comedor de la firma para la cual trabajamos, la Compañía de Industrias Internacionales La Tumba Logarítmica, diciendo a la gente reunida: *no sois más que un rebaño de borregos. Cada día sois llevado al matadero. Cada día, mayor es vuestra flema. Sois animales que traicionaron su condición y salieron perdiendo. Las reses son útiles con su muerte. Vosotros también, con vuestra muerte en vida. Sois útiles en la exacta medida en que vuestra vida deje de serlo. Tanto peor el cambio...*

Afuera los pensamientos inútiles. Sólo quede la esencia. Sólo los hechos desnudos y, de preferencia, los que produzcan una inmediata utilidad, como un inmueble o una bomba de hidrógeno. Hay que dar confianza a los demás. De otro modo, todo se derrumbaría. Y ¿quién desea empezar de nuevo? ¿Quién desea volver a la antigua aparente orfandad, aunque se le ofrezca en cambio el abandonar su condición de criatura miserable y frustrada? ¿Aunque se le ofrezca la paz a su corazón?

¡Nadie!

Tendríamos que acostumbrarnos a vivir sin revistas de historietas, sin cohetes con cabezal termonuclear, sin aeroplanos supersónicos, *happy pills*, cámaras de gases, ciudades de humores verdes y cancerígenos, suburbios industriales de miles de kilómetros cuadrados donde las chimeneas forman una red más espesa que la buena voluntad, teléfonos crepitantes que estallan al ser tocados sembrando el espanto y una lluvia de confetti, sin calderas oscuras, hornos de reverbero ni muflas incendiarias ... isólo el hombre arriba y abajo de las nubes, en el verdadero paraíso que es la tierra, tutor de sus huesos y señor de su propio ombligo!

Pero el hombre no desea enfrentar su destino, y menos enfrentarlo sin su coraza póstuma. Allí donde vivimos queremos seguir viviendo. Olvidar. Nunca, despertar. Sólo el sueño sin sueños nos hemos permitido.

Este mismo sueño me acompaña por la calle.

Es el bautismo diario. Cada hombre nos disputa algo: inuestro lugar en el martirio! Allí está su rostro. Podemos escupirlo, insultarlo, escarnecerlo, como si semejante acto llevara nuestra protesta a todos los rincones del orbe, especialmente —y esto ni siquiera lo sospechamos— a las cavernas llenas de luz donde se ocultan nuestros opresores, que desconocemos y veneramos al tener la oportunidad de conocerlos; cavernas en forma de fallas telúricas con aire acondicionado, pabellones de cirugía donde peroran los habitantes de la luna, escaleras fúlgidas bordeadas de escaparates que se hinchan de moluscos fosforescentes, tejidos de fibra sintética que aprisiona las carnes y conducen a los hombres así vestios a una bienaventuranza eterna, calzones transparentes cuya miel espanta a los lobos del intelecto y atrae en cambio a los seres oblicuos del deseo sexual, aquellos que viven perpetuamente en nosotros, siempre en postura inclinada en 45 grados con respecto a la horizontal, para así caer más fácilmente sobre su presa y realizar cópulas rápidas y sucesivas, relámpagos que nos abrasan las entrañas; gerentes con C.I. igual a trescientos, en la escala de los mariscos, naturalmente, gerentes ofrecidos a puñados, podemos escogerlos en grandes tiestos de plástico, habiendo tomado la lógica precaución de colocarnos guantes de goma; crustáceos sonoros que portan la Biblia y *Das Kapital*, esculpidos en medio del caparacho; predicadores angélicos que vociferan,

desnudos y con el miembro desmesuradamente erguido con el objeto de colgarle una pila bautismal portátil; escudos de cerámica rotos y vuelvos a juntar por razones y baba milagrosas, frascos llenos de formaldehído en los cuales flotan masas opacas identificables como cubos humanos y sacos de piel llenos de ojos usados como rodamientos de automóviles de lujo...

Todo esto junto, mezclado hasta la saciedad, fusionado hasta las últimas consecuencias por la fuerza del nuevo día humano.

Esclavos: ¡adelante!

El jugo que se extrae de vuestros cuerpos ha de volver algún día a vosotros, aun cuando sea sólo una gota, comparado con el caudal extraído. Esa es vuestra única esperanza. ¡Adelante, temblando de frío!... Una sola mirada a las cumbres y la nieve, a las flores y los pájaros y luego ¡adelante! Que la cuba de miel resplandezca, repleta de vuestros cuerpos sustraídos en secreto por el enano que vegeta dentro del recipiente, nutrido por ese azúcar donde cualquier catador podría reconocer el sabor de la sangre. Afuera de la cuba está la humanidad entera, una nube de hormigas que chupa los exhudados de las paredes. Ese resto ha de saciar a todos. Hay que apresurarse o el sol secará la ligera pátina de azúcar y habrá que esperar una nueva condensación nocturna, una nueva digestión del monstruo intraperitoneal.

¡Avanzad, laboriosos pigmeos, llevaos a la vida por delante! ¡Adelante, diablejos constructores, coged el vehículo que os llevará al santuario, el vehículo nauseabundo que os llevará a medir, cortar, pesar, analizar, contar, escatimar, guiar, estimar, moler, edificar, encender, deslizar, apagar, desplazar, romper, pegar, imprimir, poner en movimiento perpetuo, pulsar, manipular un mundo que no os pertenece, el mundo que vuestras manos sin ojos, oídos ni olfato, han venido construyendo desde el primer Lunes de la Creación, el primer Lunes pestilente!

¡Adelante, ebrios de tumulto, adelante, porque la vida comenzará la semana próxima, en alguna otra oportunidad, la vida...!

La ecuación



Hernán Castellano Girón
Ilustración para "La ecuación"
(Kraal, 1965) pluma y tinta china

Estoy buscando la ecuación que nos rige los actos y la vida.

Es preciso lanzar una piedra al océano del propio rostro. No todo es dolor, al escarbarnos las entrañas. Sentir es estar vivo, y estar vivo es la maravilla absoluta del universo, aquí en la Tierra, en Saturno, en Vega, Fomalhaut, las Nubes de Magallanes, y en las nebulosas extragalácticas cuya luz, de puro lejana, nos huye con velocidad mayor que la de sus alas.

La cosa ha empezado así: a través de mi ventana veo un árbol. Seco, pero vivo. Es una red espinosa. Es un corazón que se encontró desnudo, desde este preciso instante y para siempre, en su más elemental agresividad o dulzura.

Miro el árbol: es un corazón espinoso. Cada vértice, cada tallo es una fracción de la humanidad. Cada infrasurco aloja un hombre acechando en la linfa. Cada cordón de lignina toca al vecino, hasta el infinito. Todas las doctrinas y creencias están representadas, desde el totem al marxismo, desde el Zen a la antropofagia. Un solo hombre es el árbol, un hombre cuya nariz está perforada por varias agujas de hueso pulido. Su cabello es negro y ensortijado, pero sus ojos son azules porque lleva lentes de contacto. Sus pantalones son de fibra de poliéster, pero sus pies desnudos están encallecidos por la caminata. Su cerebro pretende haber alcanzado la perfección y la ley —se llama a sí mismo *sapiens*— pero su corazón está desnudo de otra sed que no lleve el odio y la matanza, la crueldad y la avaricia.

Sin embargo, su dulzura es la de un pajarillo. Sus máquinas saben guiar máquinas electrónicas, monstruos que pueden transportar joyas o huevos sin romperlos, pero su piel está surcada por los latigazos que le proporcionó el hermano capataz que vigila sus labores de asno. Se ufana de haber construido máquinas, cerebros de alambre fabulosos, sin vislumbrar que el suyo propio es un millón de veces más fabuloso. Por lo tanto, no se preocupa de conocerlo. El más pequeño de los ratoncitos usados en sus experimentos, seres dulces e ínfimos que el hombre destruye sin piedad, es una máquina más compleja y maravillosa que cualquiera fabricada hasta la fecha ... y también que todas las venideras.

Observo su piel bajo el microscopio: ahí están todas las células humanas, todas ellas, agitándose inquietas bajo la luz del sol y de las estrellas, como un

mar de corcho y ansiedad, como un rosario de tres dimensiones donde el sudor y el vidrio se hubieran fundido en la apariencia de un diente único, un líquido tempestuoso, una pócima amarga.

Un infinito donde el papel es espuma y la carne es valor circulante, movida por la succión ejercida por algunas bocas más ávidas que el resto.

Pero hay un sitio donde la infinidad se rompe. Sucede que un pájaro ha separado las ramas por una fracción de segundo. Ese fue el instante que no supimos aprovechar. Allí, sobre la superficie de la madera, una pequeñísima boca ríe malignamente.

Yo quise mirar a través de ese ojo, empequeñecerme hasta **ver**, hasta retornar a lo perdido. Porque toda mi pregunta es una búsqueda, no ya del tiempo perdido, sino de mi propia humanidad perdida. Esa es la clave del asunto. Porque ya no soy un hombre, como no lo es ninguno de los seres que me rodean. Tengo la certeza de que alguna vez lo fui, en alguna edad venturosa. Quiero buscar el punto de la inflexión de los vectores. Yo era un hombre y dejé de serlo, así como usted y usted ...y usted.

En la penumbra de mi cuarto flota la música de Duke Ellington, como una nalga bienhechora. Mis ojos giran instintivamente en sus cuencas. Veo cuadros, libros, máscaras chinas, cerámicas, piedras de color, ágatas, flores secas de lavándula, libros y más libros, discos de jazz. Necesito de todas estas cosas para sobrevivir. El único sabor que hoy perciben mis labios es el sabor de la mentira ... aunque sea dulce.

De pronto el viento lo desordenó todo, los pájaros y la luz desaparecieron en una garganta invisible y quedé solo.

Una carcajada más, y el silencio ...

. . .

Todo empezó con un golpe de remo. Es el primer recuerdo de mi vida: un chispazo arrancado a las aguas. Antes de eso sólo mi átomo —sin su recuerdo— estuvo flotando en un Amnios compuesto de ojos ciegos. Era la fuerza oscura que nos da origen. Ahí empezaron a desplazarse las flechas materiales, consolidándose alrededor del hueco que iba a formar mi rostro, acumulando

mucus e inquietud, en forma de una imperceptible empalizada donde algo flotaba y crecía y respiraba, enredando su sed. Una sed infinita nos unía a los demás ojos, pies y manos que crecían por el mundo. Bastaba un movimiento para lanzarme al aire. Y alguien efectuó este movimiento, seco como un disparo, dulce como una informe caricia. La ciénaga expulsó uno de mis ojos, el golpe de remo extrajo del mar una porción de líquido y, por tanto, de vida. Entonces caí rodando por las baldosas, mientras mi madre corría detrás mía, colocando sábanas sobre el piso, para impedirme que lamiera el polvo. La verdad es que esas sábanas son decisivas en mi existencia. A ellas debo todo lo que soy. A esas sábanas —prolongadas a través de los años en la forma de toda protección y amor— debo el sentir justo lo que otros estiman injusto y juzgar puerco lo que otros estiman limpio. Bello lo que otros consideran abominable, y feo lo que produce el éxtasis de la mayoría.

Primer misterio no resuelto.

Mis ojos oteaban las calles de provincia y devoraban el olor del mar como un presuntuoso manjar, mientras me desenrollaba en el suelo como un pequeño pulpo y gateaba hacia atrás, siempre hacia atrás, denotando mi origen netamente marino.

Es el mar eterno que todavía no me abandona. Todavía me ruge en los oídos, lejano pero real. En el día en que cese de sonar, estaré perdido. Por el contrario, el día del retorno —porque habré de retornar a ese mar— mis ojos, mis huesos, mis miembros y mi corazón se abrirán a una nueva vida. El sonido del mar se parece al acto de apartar las ramas para ver el sol fulgiendo sobre las aguas. Hay ramas difusas, encordadas como las fibras de una persiana de ojos que al girar sobre su propio eje —que no es otro sino el eje de mi embrión primario— de pronto arroja una cierta luz, uan cierta melodía que nos llena los ojos de lágrimas. (Los pasos de nuestra memoria están constituidos por música, canciones específicamente).

Un agua dura como un puño cerrado donde voy entregando y recibiendo la vida. Si subir ni bajar, nadie puede salvarme ni perderme. Sólo el repentino aletazo de una luz o de la música. El resplandor de la inteligencia que hace funcionar sus salvavidas en el instante precedente ala muerte —es decir, cuando

íbamos a conformarnos con nuestra suerte— y pone en vigencia aquello que dormía ayer, hace un minuto, un segundo apenas. Lo que dormía solamente para asegurar que siempre vigila, que siempre nos sostiene, que siempre nos salva. En continuar está la razón de todo.

El gas se continúa entre fuerza y fuerza, entre átomo y átomo, muerte y muerte. de pronto las dimensiones del universo caben en una cáscara de nuez y al minuto siguiente la misma cáscara tiene el tamaño de un universo completo, y algo más. Un solo ojo oscila entre esas penumbras ígneas, un solo pie las recorre, el langüetazo de un perro cosmológico muerto de sed y de angustia. Es el ojo del hombre, que se atreve a todo, que lucha con el espacio y con el tiempo, pero que hasta ahora es derrotado por su propia sombra, por su propio miesmbro viril.

Entre estas fuerzas yo me estiraba, captando sustancia, en el año de mil novecientos treinta y ocho, año de la muerte de César Vallejo y de tantas otras calamidades para la humanidad.

La primera libertad es la libertad molecular, de la cual venimos y a la cual vamos. De ella no tenemos recuerdo, porque la memoria de una molécula no pesa en el recuerdo de ningún ser, aunque se trate de un virus. El bendito caos eléctrico no sospecha siquiera sus frutos, tal como nosotros mismos no sospechamos lo que somos ni lo que seremos. Tal vez es éste el modus operandi de la vida: nadie sospecha sus frutos. Es un puño el que empuja ese volador de luces, un puño ciego y revestido de piel. La primera y la última libertad pertenecen siempre a esos puntitos de sangre eléctrica, los consabidos átomos, los principales promotores del fango y de fuego de San Telmo, los primeros fundadores del esperma. Todo lo que ellos conocen es una lengua muda para nuestra inteligencia, verdadero timbre de agua de la configuración exacta de esos bandidos, esos duendes elásticos.

La primera libertad es de madera.

Después vino la linfa. Un agua oscura regada por el ferrocarril de vapor de avenida Bustamante. Flotaba en esa linfa escasa de la mano de mi abuelo, que me enseñaba a leer los carteles de propaganda, y era tan pequeño que la gente me observaba como a una aberración, mientras leía.

Los tranvías corrían por todo Santiago. Habíamos llegado a conocerlos desde el Norte Chico, donde yo naciera, donde todos nacíamos, los antepasados ocultos por avalanchas de nieve y por flores de ñañauca que adornan su sueño. El salto de las latitudes está representado en mi memoria por un solo hecho: el chispazo del remo.

Inmediatamente después aparece una mañana de Navidad: sobre mi lecho alguien había dejado un gran carro bomba. Mis manos lo cogieron y acariciaron como si se tratara de materia divina. Mi tía abuela estaba junto al lecho. Yo la llamaba La Ata. El carro bomba había sido traído por mi padre, que recién llegaba de Coquimbo. La Ata fue la primera persona que descubrió mi alegría, esa mañana de fiesta que habría de permanecer en mi memoria. Ella, a su vez, volvía a vivir débilmente en esa alegría. Una lucecilla en sus ojos grises, que aún me alumbra y reconforta.

El pasado vuelve a pedazos. Por ejemplo, la suavidad de la madera barnizada de ese carro bomba. Son trozos vivos, tal vez inmortales, que flotan como globos o lágrimas delante de nuestra vida presente. Nuestras manos se estiran para cogerlos, pero ellos huyen como pájaros. Lo que pertenece al reino de la libertad, a la libertad vuelve. No se pierden sus alas. Sólo nuestros pies se han perdido. Han perdido su fuerza y han perdido su polvo. Se han encogido, heridos sus infinitos talones de Aquiles, los que nos fueron otorgados y tatuados en la piel del corazón, en ceremonia solemne, toda la familia presente, desde la generación precedente hasta el último de los choznos.

. . .

Por alguna razón, yo recordaba los tranvías de esa época. En la bendita edad de los primeros cinco años, todo es maravilla y descubrimiento, aun los pringosos vehículos donde los hombres se acarrean en su calvario sin redención.

No era ya un gusano. Tenía mis vértebras totalmente consolidadas. Me gustaba ver al maquinista moviendo su reóstato. El sonido de la manivela me fascinaba y aterraba a la vez. De un solo golpe se cerraban las mandíbulas cuadradas de la electricidad y yo captaba, radiante, el fenómeno. Sonaba un timbre entonces. Me gustaba pulsar el botón. Al final de Avenida Ossa había un

puente sobre el canal San Carlos. Los campos se abrían al otro lado, las arboledas, los infinitos aromas. Nada de eso queda ya. Hay que buscarlo mucho más lejos. El boleto del tranvía quedaba convertido en un barquito y caía, caía, caía. Aún no se detiene el barquito, cada vez más hondo en mi ser. Yo corría hasta la otra baranda, esperando el momento mágico de la aparición del barco. A veces aparecía deshecho, pero su naufragio no terminaba allí porque continuaba hundiéndose en mi pequeña alma convulsionada, hasta que volvía a navegar, intacto y airoso, en un segundo boleto de tranvía extraído por mi padre de su bolsillo.

En cierto modo el niño es un dios. Es dueño de un universo. Podrá ser un universo pequeño, pero eso carece de importancia. Cada dios tiene un tamaño adecuado al universo sobre el cual reina. Los adultos hemos perdido todo universo en el cual reinar. Somos caminos hollados por toda clase de abyectas pezuñas, generalmente bien calzadas, a la última moda.

El barco entra a la oscuridad. El barco debe salir. ¡Viva la luz! La lógica del niño es la más elemental y valedera razón humana. Nada de eso conservamos más tarde. La llamada madurez consiste en un retorno a una animalidad deformada: la lucha por la vida ha sido reemplazada por la lucha por los objetos. Todo esto constituye el meollo de nuestro mundo y el núcleo de toda educación.

Por supuesto, nada de lo que entonces hacía era consciente, en el mal sentido de la palabra. Mi conciencia no había nacido aún. Sin embargo, muy pronto mi molusco consolidado quiso actuar. Un día descubrí mis manos. Descubrí un lápiz. Descubrí un papel. Me lancé inmediatamente, pequeño insecto zumbador, a transportar y transformar cuanto veía, sobre el papel. Creo que el primer dibujo de mi vida —tesoro que desgraciadamente no he podido conservar— es un hecho tan decisivo como el mismo nacimiento o tal vez más. De nada hubiera valido el primer nacimiento sin el segundo. Esas líneas temblorosas escribieron por sí solas mi destino. Mi búsqueda tiene por objeto retornar los trigales a su sitio. Por sobre todo quiero averiguar, sabiendo que a los tres años de edad yo mismo escribí mi destino con unas cuantas líneas, las razones que me llevaron a apartarme de él.

Aprendí a dibujar antes que a escribir y muy probablemente, antes que pudiera hablar y caminar. Me gustaba dibujar pájaros. Ellos fueron los primeros seres que reconocí como entidades aparte de la mía, de interés eminente. En Coquimbo, cuando tenía sólo unos meses, era capaz de reconocer con alegría dos casas, además de la nuestra: la pastelería y la casa de Mamá Sara. En casa de esta última había un loro. Apenas nos acercábamos al lugar, estiraba mis brazos en demanda de la casa. Entrábamos y allí estaba el loro. Mamá Sara me alcanzaba una varilla y yo tocaba suavemente con ella el cuerpo del ave. Luego, pedía que nos marcháramos. La misión estaba cumplida. Ya había rendido tributo al mágico pájaro.

Todo lo que dibujaba estaba relacionado estrechamente con mi universo presente y, sobre todo, futuro. Por ejemplo, dibujaba cielos profusamente estrellados, incluso de cometas. Por supuesto, jamás había visto cometa alguno. Cuando vi el primer cometa de verdad, ya era un muchacho.

También recuerdo mi primer sueño, en el cual apareció un cielo constelado en el cual se destacaban nítidamente Orión y las Tres Marías. Años más tarde, al observar el cielo real, pude constatar con sorpresa que ahí estaban las mismas estrellas que tanto me habían llamado la atención en el primer sueño de mi vida.

Pero entre todas las configuraciones de ese cielo soñado descollaba una raya de luz celestial, un fenómeno desconocido y único. La bóveda del cielo se había trizado en una ranura perfecta de alcancía, a través de la cual brillaba la luz que después nosotros mismos nos negáramos. Desde esa fecha he seguido observando el cielo, pero no ha vuelto a aparecer la ranura de luz, flotante y misteriosa. Cuando aparezca, lo sé, por ahí tendré que marcharme. Tal vez esa ranura de luz celestial representa los universos que se alejan de nuestro ombligo, o simplemente sea la llave, la puerta de la estancia donde nuestro ser de antimateria descubre su rostro e inicia el regreso. Existiendo la ranura, será posible trepar por la bóveda hasta llegar al rectángulo simple de luz y asomarnos por él. Algo veremos antes de quedar definitivamente ciegos.

Aunque nada de esto sea cierto, aunque la raya luminosa por la cual es posible asomarse a lo eterno no exista, de todos modos el sueño aquél indicó la segunda parte de mi destino. En esa dirección debía volcar mi copa en el

futuro: más lejos, hacia los abiertos espacios, hacia las luces sin término, hacia la serenidad y su mano abierta, hacia los mundos incontables en tránsito de vida.

Quisiera ver por un momento todas esas cosas con los **mismos** ojos de entonces. Porque ahora soy, lógicamente, otro hombre. Refiero cosas que me pertenecen, pero están a la vez separadas de mi ser actual por el vacío absoluto. Quisiera por un instante volver a llevar esa desnuda dulzura en los labios. Todos pensamos que hemos crecido, pero en realidad nos empequeñecemos al volvernos adultos, al encogerse con nosotros el mundo que nos rodea. Recuerdo un chupete helado que comía mi madre en el entonces llamado Parque Japonés. Paseaba conmigo en alguno de esos días de luz. Lo recuerdo: medía al menos medio metro de largo. Era un témpano de granizo verde que ella chupaba ante mis ojos maravillados, aferrándolo con ambas manos en su palo que parecía una gigantesca estaca. Al perder la facultad de maravillarnos, al dejar uno a uno por el camino esos residuos alados que nos daban la vida, resulta que finalmente somos más pequeños que hace veinte años. En cambio, el helado que mi madre comía crece día a día, ha cubierto todos los desfiladeros del alma, todas las ciénagas, con su potente fuego verde. Allí está, para el que desee buscarlo y recobrarlo. Buscarse, recobrase.

. . .

He comenzado este relato con una palabra matemática, a pesar de la abierta repugnancia que durante toda mi vida he sentido por las matemáticas. Soy absolutamente ciego para ellas. Pero sé que la Totalidad es un número, es un orden, es una ecuación maravillosamente inexacta. El universo es tanto más real cuanto más asimétrico, cuanto más desbordado.

El sabio tiene ya el balance entre las manos. Se diría que el espíritu de la exactitud ha triunfado cuando ihe aquí que la corriente se desborda otra vez, y el cosmos es un saco roto por el cual escapa hacia otro sitio la corriente de la vida, imbatible y eterna! La carambola sobrevive a la mano que inició el juego. La mesa del billar a tres bandas cambia de lugar, de tiza, de tela, y los tacos intercambian posiciones. El corazón salta de uno a otro vaivén, de una a otra

fosforescencia. El que calle será maldito y el que abra la boca será muerto. Sólo se salvará quien se limite a **ser**.

Fue en esa edad tierna cuando realicé el único intento decente de “ganarme la vida”, vale decir, obtener dinero con lo que yo creaba y nada más que eso. Tendría cuatro años o a lo sumo, cinco. Cuando era sacado a pasear, llevaba conmigo una buena porción de mis dibujos y los ofrecía a los transeúntes. Una vez un doctor compró uno en veinte centavos. Es muy probable que esa suma represente el *haber* de mi vida. Entregar lo que somos al mundo: costumbre desaparecida del planeta.

Un día vislumbré la muerte ... o su consecuencia. Me habían llevado al doctor. Ese día, un extraño fenómeno travesaba el mundo. Acaso sea una visión, pero yo veía todo oscuro, como en un eclipse total, a las nueve de la mañana. Aún recuerdo las luces de las calles encendidas para esa visión kafkiana. Cuando el doctor nos hizo pasar, yo dirigí una mirada muy atemorizada, muy circular, por todo el recinto. Ahí estaba la camilla, con su rollo de papel de envolver. El recipiente cónico, con su agujerito. Un estante, repleto de frascos y revistas. Pero allí mismo, sobre el estante ... ¡había una calavera! Fue como si hubieran vertido dentro de mis ojos limón corrosivo. Temblando de terror, me arrojé a los brazos de mi madre. El doctor Maldonado hizo desaparecer prestamente la calavera. Sólo me atreví a levantar cabeza cuando me aseguraron que el horror se había marchado. Siempre que volvimos a su consulta, ya el doctor Maldonado había escondido la calavera. Jamás falló.

No debo pasar por alto el recordar aquí al médico de mi infancia. El debió llamarse Biendonado. La salud quebradiza que tuve cuando niño me llevó a menudo a las riberas de su bondad y su paciencia. Mi cuerpo fue continuamente agujereado por las inyecciones, pero el doctor Maldonado siempre se las arregló para verter el mínimo de mis lágrimas.⁴ Sin embargo, creo que tener una salud relativamente mala no es una desventaja, porque fortalece el espíritu del niño. Jamás el bien y el mal van separados. Están siempre juntos, persiguiéndose,

⁴ Cuarenta años más tarde, solo podemos constatar que afirmaciones como ésta desconocen el origen de esta salud quebradiza, precisamente en los tratamientos de los médicos de la época, incluidos el doctor Maldonado. Pero también la bondad y el trato humano de ellos es digno de destacarse, como una virtud muy escasa al presente. (ndA.)

apoyándose, crucificándose mutuamente. El haber sufrido en el cuerpo nos hace saberlo valioso. No hubiera querido para mí la seguridad idiota de los sanos y los deportistas. A menudo he tenido que tropezar con ella y con las vulgaridades que nos dedican a los que hemos sido hijos únicos. Ojalá pudiera hacerles ver que la vida de un niño solo y sobreprotegido puede ser más terrible que la de un miembro de numeroso rebaño. Pero mi caso es un poco distinto: crecí solo y ello me permitió hacerlo edificando fantasías, sueños, acertijos, totalidades. ¿Cuándo terminó esa etapa? ¿Cuándo empecé a dormir? ¿Cuándo ese niño radiante se sumergió bajo mi piel, para emerger solamente veinte años después en estas palabras heridas?

Segundo misterio no resuelto.

. . .

El verdadero sacrificio no consiste en despojarse de tal o cual objeto, valioso o despreciable, ni en tragar las viandas que no nos gustan. Consiste en entregarse limpiamente a la realidad de la vida, aceptar su dualidad, su infinitud, su totalidad. Totalidad del bien y totalidad del mal. Bien con bien y mal con mal, bien con mal y mal con bien. Negro y blanco, chino y rojo, amarillo y sano, oscuro y enfermo, todo mezclado dentro de la olla, todo aislado en su habitación cerrada. Nuestra alma viva, presa en su rincón y a la vez libre por los aires, fluyendo por los intersticios, nutriéndose en cada célula, flotando en cada humor, esperando en cada angustia.

. . .

Solemnes pulsaciones todo lo cruzan, estratos amarillos que han vertebrado mi ser. Una tiniebla iluminada de antiguas encarnaciones y rayos extragalácticos se cuelga por los poros de mi piel. Allí está lo que he sido. Del árbol verde cuelga lo que seré. Nadie conoce sus frutos, sólo el silencio que en ellos anida y que ha de transformarse en luz.

Todo ha de ser luz algún día, para que tenga alguna razón de existir esta oscuridad.

Todo ha de ser vida, para que podamos ver el auténtico rostro de la muerte y tengamos también ocasión de **vivirla**.

Habrà de existir por fin un lenguaje, para que las palabras tengan algún sentido, y habrá de venir un hombre de verdad, para que el bípedo llene su cometido. Los eslabones perdidos están donde deben estar: perdidos. Nosotros también somos un eslabón perdido, un puente entre el hombre moribundo y degenerado que hemos fabricado con nuestros propios huesos ... y el hombre de verdad, el venidero.

. . .